

EL CÓNDO R EN EL AGUA

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 70

EL CÓNDROR EN EL AGUA

por

Yuri Soria-Galvarro

*F*ICTICIA

MÉXICO

2022

EL CÓNDROR EN EL AGUA

D.R. © Yuri Soria-Galvarro

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

D.R. © Foto de portada: Hugo Carrillo

Primera edición: octubre 2022

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,

Ciudad de México, c.p. 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-139-8

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

*El hombre vive de grandes esperanzas
y de pequeños recuerdos.*

Manuel Rojas

*Si algo sobra en esta parte del mundo
es dónde estar solo.*

Haroldo Conti

PRIMERA PARTE

Nada más zarpar de Punta Arenas, cerca de la Primera Angostura, nos avisó una barcaza por la radio y el capitán de puro curioso desvió el rumbo. Desde lejos era una mancha negra y se distinguía apenas su anillo blanco del cuello. Al acercarnos, parecía un viejo con el poncho empapado tratando de mantenerse a flote. Nadaba hacia la costa con miedo y desesperación. En estas aguas heladas es difícil sobrevivir mucho rato. ¿Cómo cae un cóndor al agua? Quizá comió demasiado y con la panza llena no pudo mantenerse en vuelo, o el puto viento le jugó una mala pasada, o ya era viejo y ese era sólo un final de los tantos posibles en Magallanes. No nos quedamos para ver si logró llegar a la costa, teníamos la marea favorable y enfilamos hacia el Atlántico por el Estrecho.

Íbamos a pescar bacalao y circunvalaríamos la Antártica por varios meses con las Islas Malvinas de base. La faena era ilegal en las aguas territoriales de algunos países y si nos atrapaban corríamos el riesgo de caer presos como finalmente ocurrió. Sabía bien qué arriesgaba, lo que no esperaba era el clima tan hostil entre los tripulantes. Éramos setenta y seis: el capitán Evens, oficiales, maquinistas y tres turnos completos de operarios para que el barco factoría no se detuviera nunca. Cuando digo que había un mal ambiente en el barco, quedo corto, era peor que estar en la cárcel. Estuve varios meses embarcado en esa jaula de fierro de sesenta metros, con las peores marejadas del mundo y rodeado de gente de mierda.

Cada turno conformaba una pandilla. Los del primero eran casi todos coreanos y escupían al piso cuando te los

cruzabas en los pasillos. En el segundo turno había puros chilenos, de Valparaíso, Quilpué y Punta Arenas y, aunque siempre te sonreían, por detrás eran unos cabrones. Yo estaba, aunque nadie me dio a elegir, en el tercer turno: españoles, uruguayos y unos pocos chilenos. Tampoco éramos tiernas palomas en ese turno, había escoria, tipos resentidos con cicatrices en la cara y en el alma, esperando cobrársela a alguien, ojalá el más débil a quien poder torturar antes de arrojarlo por la borda.

Durante las faenas de pesca se activaban los turnos y comíamos en horarios diferidos. En los trayectos en que sólo navegábamos nos mezclábamos a la hora de las comidas. Mezclarse es un decir, merendábamos en mesas separadas y nos relacionábamos a gritos y burlas. En el primer almuerzo conocí al peor cabrón del barco, parecía un chimpancé de brazos colgantes, con ojos brillantes y bigotes a lo Charles Bronson: Abelardo, el cocinero jefe. Tenía dos cocineros más a su mando: un sicópata flaco y desconfiado que fumaba todo el día, Jirafa, y un rastrero comemierda blando y afeminado, Margarito, que decían era la novia de Abelardo. Abelardo, un hijo de puta con todas sus letras, era sádico, morboso y conspirador. En algunos aspectos daba la impresión de tener más poder que el capitán Evens, que era un tipo recto. Todo lo recto que puede ser alguien al mando de un barco de pesca ilegal en el mar del infierno y con una tripulación de delincuentes en potencia.

Pero te estaba contando de Abelardo. Como bienvenida, el desgraciado se dio el trabajo de seleccionar a los tripulantes recién llegados y les sirvió sopa extremadamente salada, disfrutó viendo cómo muchos se la comían sin chistar, atento a quién era el primero que reclamaba. Yo estuve a punto, pero se adelantó Chirino, quien lo increpó. Entonces Abelardo le dijo que disculpara y que se la iba a

cambiar. Se acercó con un plato de sopa humeante, se lo arrojó en la cabeza y le pegó con el cucharón. Chirino cayó al piso en posición fetal aullando de dolor y Abelardo, y todos los que estaban en ese momento almorzando, se desternillaron de la risa. Jirafa y Margarito, con un machete de cocina cada uno, escoltaron a Abelardo, que, dirigiéndose especialmente a los nuevos, dijo:

—Jamás reclamen por la comida, cerdos hediondos, en esta cocina yo soy Dios.

Esa fue su broma de bienvenida, después llegué a constatar que su nivel de crueldad no tenía límites.

En Punta Arenas habíamos cargado víveres e insumos, en Puerto Stanley nos proveeríamos de carnada y cada tanto entregáramos la pesca, que finalmente se iría a Japón. La navegación hasta Las Malvinas fue tranquila. Pasé buena parte del viaje mirando petreles y albatros con mis binoculares Carl Zeiss, una reliquia con óptica de lujo del tiempo en que existía la Alemania Oriental. Siempre me han gustado las aves. Desde pequeño, en el campo, aprendí a reconocerlas y no emprendo ningún viaje sin la guía de campo y los binoculares. Me hubiese gustado ser ornitólogo, pero para eso tendría que haber nacido en otro país o tener dinero para la universidad. Alcancé a estudiar Ciencias Naturales sólo por un año y medio en la Universidad Austral, hasta que murió mi viejo y tuve que ponerme a trabajar.

Durante ese viaje, en los momentos en que no había demasiado quehacer, miraba las aves pulseando contra el viento, eso ayudaba a pasar el tiempo y no pensar en Mónica y mis hijos. Casi un año sin verlos fue una dura prueba.

Además de lo que estás grabando, te puedo pasar unos apuntes que todavía conservo, son algo así como un diario del viaje, aunque no escribía todos los días.

14 de enero

He visto aves marinas que no conocía. Algunas especies son difíciles de identificar porque se parecen mucho. Para la mayoría de las personas son sólo pájaros, cuando más una variedad de gaviotas híper desarrolladas; para los brutos que me acompañan ni siquiera eso. Son unas cosas que siguen al barco intentando robarles los peces y, cuando alguna se clava en los anzuelos, hacen gala de su sadismo.

Los petreles y fárdelas son verdaderas aves marinas, no como las gaviotas o cormoranes que son aves costeras y vuelan a tierra a menudo. Si ves un ave marina no es señal de “tierra a la vista”, sino de que estás en el corazón del océano. Al medio día avisté un albatros errante que con una envergadura de hasta tres metros y medio, junto al cóndor, son las aves voladoras más grandes del mundo. El albatros errante siempre está donde hay viento y para desplazarse sólo planea. Apenas cada dos años vuelve a tierra a reproducirse.

Chirino me convida un pucho. Cruza los brazos, se acoda en la baranda y me dice:

—¡Qué pasa, tronco!

—El viento de mierda que se fuma hasta nuestros cigarros.

—Sí, joder que duran poco si los fumamos afuera. ¿Ya estará listo el almuerzo?

—Dile a Abelardo que nos ponga una mesa acá en cubierta porque estamos estudiando las aves marinas y que nos traiga también algo de aperitivo.

—Ese baboso comemierda, te juro que me las va a pagar el cabroncete.

«EL CÓNDOR EN EL AGUA»
DE YURI SORIA-GALVARRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 29 DE OCTUBRE DE 2022
EN LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V.
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE, PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 500 EJEMPLARES.